La teoría del desempleo en Keynes y en la actualidad

Andreu Mas-Colell
Universidad de Harvard

-Suponer que la política de salarios flexibles es un auxiliar correcto e inteligente de un sistema que en conjunto corresponde al tipo de economía, es lo opuesto a la verdad.-

Teoría General, cap. 19, EJ.

INTRODUCCIÓN
La ocasión de un centenario es un buen pretexto para la recopilación de los clásicos. Así lo es más si uno se ha comprometido a participar en una empresa colectiva de homenaje. En mi caso ha sido la Teoría General el objeto de relectura. Confieso, sin pudor y en la convicción de que no me encuentro solo, que eran más de diez años transcurridos desde su última lectura. Estudiar a Keynes desde la perspectiva de los setenta, y no de los cincuenta o sesenta como uno solía hacer, ha sido instructivo y constituye la motivación primera de estas notas.

Me atrevería a pensar que en las historias finales del pensamiento económico la Teoría General aparecerá, sobre todo, como la obra, a la vez originaria y clásica, donde la intervención activa sobre la coyuntura a corto plazo fue propagada con vigor y enjuiciada intelectual comparables a los que Adam Smith desplegara en favor del laissez faire.

La Teoría General es, en efecto, un clásico más en el estilo de La Riqueza de Las Naciones de los Principios de Ricard o los Elementos de Walras. Utilizando una disociación de la que gustaba Schumpeter podríamos decir que, como en A. Smith, la gándeza de la visión dominó en la Teoría General sobre el análisis teórico puro. Hay, por supuesto, contribuciones analíticas de primera magnitud en la Teoría General (sobre todo la teoría de la demanda efectiva y su encarnación correcta, la función de consumo) pero, sin duda, es la Visión la que asegura a Keynes un lugar permanente en el pan teón de los grandes economistas. En el de los más influyentes, su lugar, por supuesto, ya está asegurado.

Hay, sin embargo, una diferencia importante entre la Teoría General y la Riqueza de Las Naciones. Mientras que ésta va dirigida a, y es comprensible por, un público general educado, aquella va dirigida a un público de economistas y lo cierto es que incluso para éstos es un libro de comprensión difícil. La Teoría General es eminentemente propicia al juego interpretativo del tipo «lo que Keynes realmente dijo fue...» Habrá que resignarse, me temo, a la idea de que el gran plátano de su teoría no estaba todavía totalmente claro en la mente de Keynes cuando escribiera la Teoría General y, en consecuencia, muchas de sus discusiones admiten varios modos interpretativos (y, en ocasiones, ninguno). La Teoría General fue escrita deprisa y como libro de combate y es éste un aspecto del que se resiente.

Centraré mi reflexión de estas notas en el centro del debate del desempleo (ciclotómico) y su tratamiento acuciante. Por dos razones. La primera es que ese fue, en definitiva, el problema que Keynes intentó resolver. La segunda es que la recesión (¿o habremos de llamarla ya depresión?) de nuestros días, aún siendo en muchos aspectos (la inflación, por ejemplo) distinta a la de los años treinta, tiene en común con ella la presencia del desempleo masivo.

Es una triste realidad que la teoría económica actual no cuente con una teoría del desempleo que gocé de un mínimo grado de consenso, a pesar de que el elaborarla se reconocido como uno de los desafíos más importan tes. No inventaré pues pasar revista a la multitud de sugerencias y propuestas de los últimos diez años. Me limitaré a presentar, en la tercera sección del artículo, unos comentarios informales y no rigurosos al hilo del que en líneas generales me parece más prometedor entre los escalafones que los teóricos del momento presentes están ensayando. Me refiero a la llamada teoría de los contratitos implícitos. No es éste, ni mucho menos, un desarrollo que surja directamente de la Teoría General pero, si que entraña de forma natural con sus puntos de vista básicos. Contínuo en esto que se desprueba de los argumentos de la segunda parte del artículo. Finalmente, en la última parte, nos haremos una pregunta importante aunque, a primera vista, más bien toza: ¿Por qué nos preocupan, ¿de preocuparnos, el desempleo?
EL DESEMPEÑO EN LA TEORÍA GENERAL

Con la Teoría General Keynes se propuso convencer a los profesionales de la economía sobre la verdad de dos suposiciones. La primera es que en una situación de equilibrio a corto plazo el empleo involuntario es posible. La segunda, de la que no nos ocuparemos aquí, es que la autoridad pública dispone de instrumentos para conducir a la economía a un equilibrio de pleno empleo. Detengámonos un las dos expresiones claves: equilibrio a corto plazo y desempleo involuntario.

Para Keynes un equilibrio de corto plazo es un equilibrio de las variables corrientes de la economía (precios, producciones, tipos de interés, salarios, etc.) dada la historia pasada y, muy principalmente, las expectativas sobre el futuro (las de los inversores serían especial- mente importantes). El devenir de la economía en el medio y el largo plazo es simplemente una consecuencia de equilibrios a corto; pero el mecanismo de este encadenamiento no es el objeto de estudio de Keynes. La Teoría General no pretende explicar si el ciclo econó- mico ni las causas del desempleo 1 Aspira, eso sí, a explicar la persistencia del desempleo en el corto plazo.

Conviene subrayar que la noción de equilibrio a corto plazo no conlleva la idea de transitoriedad. No hay ninguna razón automática en Keynes para que el desem- pleo no se prolongue en desempleo permanente. Sim- plemente, la estrategia analítica de la Teoría General se limita de forma deliberada a rendir cuentas del corto plazo.

Se dice que hay desempleo involuntario si tenemos un grupo de trabajadores, que son, en todos los respectos, idénticos a los de cualquier otro lado a excepción de un determinado tipo de trabajo y reciben a cambio un salario determinado mientras que los otros no. Y esto a pesar de que es público y notorio que estos últimos estén dispuestos a realizar el mismo tipo de trabajo por el mismo salario.

En rigor para la existencia de desempleo involuntario no es preciso que los desempleados estén ociosos o no tengan trabajo remunerado. Basta que no se encuentren, el salario vigente en el mercado, un puesto de trabajo para el que estén capacitados. Puesto que en estas páginas no nos ocupamos del desempleo de tipo persistente, el término desempleo deberá de ahora en adelante entenderse como desempleo involuntario.

Así como Keynes presenta proposiciones teóricas y prescriptivas con las de la economía que él llamó clásica, nosotros las contrastaremos de forma más limitada con el modelo waltianso de equilibrio general, en razón a que la de Wálter ha sido la tradición prekeynesiana más rigurosamente fundamentada, tanto en su versión atem- poral como de equilibrio a corto plazo, en los años de postguerra 2.

El waltianso es un modelo de coordinación econó- mica a través de precios. De acuerdo con el modelo un sistema de precios (incluidos, claro está, los salarios y tipos de interés) está en equilibrio si cuando los distintos agentes de la economía lo toman como dado e indepen- diente de sus acciones se obtiene la compatibilidad de sus planes óptimos de producción y consumo (o, en términos más prosaicos, la igualdad de la oferta y la demanda). Puesto que agentes (en nuestro caso trabaja- dores) idénticos tienen planes óptimos idénticos no cabe el desempleo en el equilibrio waltianso. Si en la reali- dad éste se da, la única conclusión legítima es que no nos encontramos en un equilibrio waltianso. O bien el es- tado de la economía es de desequilibrio completo 3 o bien se trata de un equilibrio de otro tipo. En todo caso la lógica del análisis waltianso, por no estar bien defi- nida fuera de sus posiciones ó de equilibrio, no se aplica. Esto es, en sentido muy rútil, todo lo que se puede afirmar. Hay que reconocer, sin embargo, que se pre- sentan, como mínimo, dos tentaciones no siempre sufici- cientemente resistidas por economistas educados en la tradición clásica.

La primera tentación consiste en reconocer que el desempleo es un hecho real pero, al mismo tiempo, mantener intacto el aparato conceptual de la coordina- ción vía precios. En esta óptica el diagnóstico y el rendi- miento están claro. El desempleo es un fenómeno de desequilibrio que se mantiene solamente porque los sa- larios reales están artificialmente fijados a un nivel dis- tinto al de equilibrio. Se olvida así que la de Wálter es estrictamente una teoría del equilibrio. Fuera del mismo no tenemos teoría y, por lo tanto, no podemos preten- der mantener el marco waltianso y, a la vez, dar una explicación teórica de las situaciones de desequilibrio.

La segunda tentación no cae en el error, un tanto grosero, de la primera. Se reconoce que la lógica del sistema de coordinación vía precios está definida sólo en el equilibrio pero se mantiene, sin embargo su valor descriptivo. La consecuencia es incongruente: No hay desempleo involuntario! Desde este punto de vista lo que en la realidad pasa por tal no sería más que crefillo de ajustes óptimos (posiblemente de sustitución inter- temporal) de los agentes a su entorno institucional y económico. En última instancia el criterio para la exis- tencia de desempleo descrito anteriormente perdería toda su fuerza por la simple razón de que los trabajado-

---

1 Véase G. Debreu: Theory of Value (vaya traducción castellana Arnebout Bosch, editor); K. Arrow y P. Hahn, General Competitive Analysis (vaya traducción castellana, Fondo de Cultura Económica) y el libro previo a aparecer de J. M. Grassdt, Money and Value (Cambridge University Press).

2 Para un análisis teórico del desempleo que no hace referencia al modelo del equilibrio véase K. Irwin: Disequilibrium Dynamic (Con- leys Monograph 27, 1981).

3 Véase G. Debreu: Theory of Value (vaya traducción castellana Arnebout Bosch, editor); K. Arrow y P. Hahn, General Competitive Analysis (vaya traducción castellana, Fondo de Cultura Económica) y el libro previo a aparecer de J. M. Grassdt, Money and Value (Cambridge University Press).
El mundo actual los salarios y precios parecen tener vida propia (por supuesto ascendente) y ni siquiera «nen-
tría» la presión del mercado. Siguiendo a Keynes honra supuesto hasta ahora que el de trabajo es el único mercado no walrasiano. Todos los demás ajustan sus precios hasta garantizar la igual-
dad de la oferta y la demanda. Evidentemente no es ésta una dicotomía realista. Un reto metodológico satisfac-
toriamente resuelto es la última década ha sido la exten-
sión del principio y la lógica de la demanda efectiva a un mundo donde todos los mercados (excepto, estricta-
mente hablando, el de dinero) no son walrasianos, es decir, donde todos los precios están fijos en el corto 
plazo. Mucha se ha aprendido en la elaboración de esta 
teoría. Se ha descubierto, por ejemplo, que la posi-
bilidad de reajuste (es decir restricciones de conti-
dad) en el mercado de bienes de consumo abre nuevas 
perspectivas para la teoría del desempleo 1 . Sin em-
bargo, con cada precio arbitrariamente dado la incom-
plejidad de la teoría no va sino en aumento 2 . Como éste 
 es el aspecto que nos preocupa en estas páginas preferi-
mos seguir literalmente a Keynes y mantener el punto 
de vista de la singularidad del mercado de trabajo. 
En la próxima sesión daremos un gran salto en el tiempo y pasaremos a describir algunas de las ideas 
sobre el salario monetario y el desempleo manejadas 
por los economistas teóricos contemporáneos.

**DESEMPLEO Y CONTRATOS MÍPICITOS**

Ya hemos visto cómo en un universo walrasiano no cabe el desempleo. Para explicarlo habrá que partir, por 
lo tanto, del hecho evidente de que la realidad econó-
mica dista mucho del modelo walrasiano ideal. Ni la 
mayoría de mercados son de competencia perfecta, ni 
trasnparente informativa es completa, ni la posibili-
dad de cubrir riesgos es total, etc., etc. La característica 
común de muchas de las ideas contemporáneas sobre 
los desempleo es que éstas implica 3 .

1 Vease las referencias de la nota (7) y los artículos de J. Silbey y colaboradores en la nota (7) así como «F也被する市場 in 
change economic» (Journal of Economic Theory 1982).

2 Me refiero a las distinción entre desempleo clásico y desempleo 
levyano originada por R. Barro y H. Grossman, reforzada por J. P. 
Béliveau y popularizadas por E. Malinvaud. Vease las referencias de 
as notas (7) y (8).

3 Un vehículo y interesante estudio reciente para limitar la interde-
minación inmigrante a los modelos con precios fijos es el de J. Silbey 
«Negotiable wares and prices in a disequilibrium model», Paper de 
Trabajo del Departamento de Teoría Económica de la Universidad 
Autónoma de Barcelona, 1982.

4 Por un lado uno de los imprescindibles ideales de la integración 
una teoría como la de la demanda efectiva, elaborada para la 
composición de algunos aspectos del ciclo económico es económicos 
contratos clásicos, el análisis de la demanda a través de un teoría 
general del equilibrio con restricciones cuantitativas, por ser un insumo 
importante de análisis de las economías «inflacionadas» de Este europeo. 
Al ilí» al cabo no hay ningún mínimo en saber quien determina, 
in principio, los precios y salarios. 

5 El término «imperfección» es un legado del pasado. Cualquier 
forma particular sobre el mercado de trabajo y generar 
la ajuste vía cantidades (es decir, empleo). Sobre el 
mezclando concretos de generación hay, sin embargo, 
una gran variedad de propuestas de las que no limitarse a 
desde cualquier punto de vista la causa fundamental 
de los desempleo es concepamentalmente semejante a la 
que explica por qué en una ciudad sin regulaciones de tráfi-
co la persecución del interés propio por parte de los auto-
movilistas individualmente considerados puede llevar a 
ninguna de los que se han propuesto de las que no limitarse a 
las economías «inflacionadas» de Este europeo. 
Al ilí» al cabo no hay ningún mínimo en saber quien determina, 
in principio, los precios y salarios.
La observación motivadora de la teoría es que, por una razón u otra, los trabajadores tienen un acceso muy imperfecto al mercado de capitales, el cual tampoco es en la realidad tan amplio y diversificado como en el modelo ideado. La consecuencia es que en un mundo incierto y sujeto a fluctuaciones los trabajadores tendrán dificultades para cubrir sus riesgos (es decir, asegurarse) por la vía del mercado de capitales y tendrán, por lo tanto, un incentivo claro para contemplar la negociación salarial en una perspectiva a largo plazo que se quite a la utilización de la empresa, con su acceso más fácil al mercado de capitales, como intermedio financiero. El punto de vista fundamental de la teoría es que, como cuestión de hecho, las normas de selección al ciclo económico de salarios y empleo reflejan estas consideracio-
nes a largo plazo. Es que si existen normas habrá reducida negociación colectiva entre las empresas y una Central Trabajadora (CT). De ahora en adelante no referiremos con frecuencia a la CT. Convienen pues ha-
cer una advertencia. Aun cuando pueda tener; contrapartida real, es posible de momento considerar a la CT como una función analítica diseñada para representar los intereses generales de los trabajadores en sus papeles a un mundo imperfecto. En particular, sería analí-
cicamente útil darse el propósito de esas páginas modelar la negociación salarial como una normapolítica bilateral.

Estamos con ellos en todos los aspectos explicativos des-
maiados diversas. Aceptarlos por lo tanto como un mensaje de que partida es que en un mundo estacional y de inmensos perfectos que se opondrá en el equilibrio la igual-
dad de salarios y productividad marginal del trabajo sin que la CT pueda hacer más para impedirlo en el mo-
mento de la negociación salarial.

Supongamos que la economía objeto de estudio está sujeta a shocks 26 exógenos en la productividad (medio y marginal) del trabajo. Evidentemente esa es una hipótesis a nivel mundial, puesto que conduce a una consecuencia, por decirlo así, metempsicólogica del ciclo econó-
mico弄. Pero para países de nivel económico medio es una hipótesis adecuada. Si no lo manifestamos, al menos la dirección de los shocks está muy claro de donde vienen: de fuera. Análizaremos en primer lugar un mundo que difiere muy poco del de nuestras prácticas. De hecho la única diferencia que introducimos es que los trabajadores no tienen acceso directo al mercado de capitales para cubrirse el riesgo creado por los shocks. Mantendremos, sin embargo, los supuestos cruciales si-
guardantes:

A) Las empresas tienen acceso a mercados financieros
perfechos (equívocos en el extranjero).
B) Todos los shocks son transitorios, es decir no afectan a la productividad media esperada a largo plazo.

26 Permite subrayar que el momento de la negociación política del Centro Social, se puede ver en esta otra. No hay identidad conceptual entre salarios e ingreso. Se diferencia son los impuestos y subsidios.

27 Pido perdón por el asqueroso, "Cuál sería una buena traducción de este término?" "Untique"
B) el contrato ideal debe permitir que los salarios reales sean condicionales a la naturaleza favorable o desfavorable del shock. Si es la hipótesis A) la que no se cumple esto es evidente. En la situación límite, las empresas no tienen mejor acceso que los trabajadores al mercado de capital y, en consecuencia, difícilmente pueden servir como intermediarios financieros para los mismos. Quedamos entonces reducidos al caso donde sólo contratos a corto plazo son posibles. Como vimos anteriormente en esta situación el salario real igualará en cada período la productividad del trabajo correspondiente al pleno empleo. Pasemos ahora a la hipótesis B). Que esta no se cumpla quiere decir que algunos de los shocks son permanentes. Un shock es permanente si afecta a la productividad del trabajo esperada a largo plazo. Un ejemplo es la crisis energética no tanto por el daño que nos causa hoy como por la revisión de expectativas sobre el futuro qué impone. Mientras mantengamos la hipotesis A) será todavía posible para las empresas actuar de intermediario financiero de los trabajadores a ser de cubrir a éstos contra los shocks transitorios. Es imposible, sin embargo, cubrir contra los shocks permanentes. Después de la crisis energética nuestro nivel de renta esperada en el futuro es inferior al que era antes y esto es así aunque la probabilidad de que la crisis energética ocurriera hubiera sido correctamente estimada (simplemente porque la posibilidad de que no ocurriese no podía ser completamente eliminada). El contrato óptimo deberá por lo tanto permitir el ajuste del salario real a los cambios de tendencia marcados por los shocks permanentes. El pleno empleo, sin embargo, continuará manteniéndose en cada período. No parece que hayamos avanzado mucho ya que en nuestro contrato óptimo sigue especificando pleno empleo permanentemente. En la búsqueda por esta dirección de una explicación del desempleo deberemos alejarnos aún más del modelo de mercados perfectos. El nuevo ingrediente que introducimos es el reconocimiento de que los agentes económicos, en nuestro caso frajobadores y empresas, no tienen el mismo grado de información sobre las variables económicas relevantes. Tratemos nuestro nuevo contrato ideal con salarios reales condicionales a si el shock es favorable o desfavorable, transitorio o permanente. Es muy probable que la empresa tenga mucha mejor información sobre la naturaleza del shock (al fin y al cabo este queda reflejado en la cuenta de resultados) que los trabajadores. Supongamos que así es. Tenemos entonces un problema evidente de incentivos. La propensión natural de la empresa será a «verlo todo negro» puesto que esto llevará a una reducción de salarios reales. La CT a la hora de negociar el contrato implícito deberá tener en cuenta estos efectos de incentivos y diseñar el contrato de tal forma que la empresa incurre un coste cada vez que actúa como si la situación económica fuera mala cuando, de hecho, no lo es. La única posibilidad factible por parte de la CT es forzar un ajuste parejo vía nivel de empleo. El contrato especificará ahora que en caso de shock desfavorable el salario real se mantenga o descienda, pero en magnitud inferior a la del ajuste ideal. Esto implica que con los shocks desfavorables las empresas reducirán sus plantillas. Es posible que los trabajadores no ganen nada, o muy poco (o incluso pierdan) con esta operación respecto al contrato ideal con información perfecta (el cual, recordemos, no es ya factible debido al problema de incentivos) pero en cambio las empresas reciben ahora los estímulos adecuados. Si una empresa quiere ver las cosas negras y reducir los salarios deberá al mismo tiempo reducir su nivel de empleo y, por tanto, de producción. Si las cosas no están realmente negras esto significa un coste real y la empresa se lo pensará dos veces. Parece pues que hemos alcanzado nuestro objetivo, a saber generar el ajuste tía empleo, antes que salarios, a partir de las adaptaciones (defensivas si se quiere) de los protagonistas económicos a un entorno económico muy alejado del modelo ideal de mercados perfectos. El mecanismo concreto que hemos descrito no es más que un ejemplo ilustrativo de esta línea de aproximación metodológica. Sería, obviamente, absurdo pretender que constituya una teoría exhaustiva del desempleo. Una observación final. El desempleo que hemos generado satisface ex post nuestro criterio de involuntariedad. La cuestión es, sin embargo, mucho más delicada cuando se plantea ex ante. Al fin y al cabo puede argüirse que al establecerse el contrato cada trabajador ha aceptado implícitamente una probabilidad bien definida, y correcta, de que no lo hará. Esto es cierto pero conviene recordar que no es lo mismo la moción ex ante que la resolución o la falta de sufrimiento ex post. El dramatismo del desempleo involuntario no disminuye por el simple hecho de que los trabajadores no hayan encontrado ningún ajuste mejor a un mundo incierto que la aceptación de su riesgo. 17 17 Una situación analógica es la de los depositantes en una institución bancaria. El que se ha sabido que en un periodo reciente los bancos tuvieron algunas probabilidades de quedarse sin dinero, los depositantes en el banco de hecho quitaron sus depósitos veinticinco veces su sustancia residencial o que, aunque lo hicieran, ello no iba a ser motivo de preocupación por parte de la autoridad política económica.
¿CUÁN GRAVE ES EL DESEMPLEO?

He aquí una pregunta que, en tiempos de desempleo masivo, hace esconder el riesgo a quien la formula de pasar por detentador de poca sensibilidad moral. Pero el hecho de que la pregunta no parece tan absurda a niveles de, digamos, el 4 o 5 por 100 de desempleo indica que desde el punto de vista teórico es legítima e importante. Quisiera hacer una observación breve sobre la miseria.

Si hay que evitar el cinismo estadístico conviene no perder de vista que en última instancia lo que importa es el nivel agregado de bienestar social. Las medidas de intervención político-ecológica deben ser evaluadas desde esta perspectiva. Así, por ejemplo, es perfectamente posible que una situación con desempleo (y por tanto con ineficiencia productiva) pero con un nivel alto de cobertura del seguro de paro sea socialmente preferible a otra donde el desempleo se ha eliminado (incluso el desempleo escrito, la utilización del trabajo pero sin eficiencia) pero donde esto sólo se ha conseguido a base de salarios de miseria.

La desavenencia del párrafo anterior nos indica claramente que el desempleo ocurre sobre los dos factores en que los economistas quieren dividir el problema del bienestar económico. Un hombre o una mujer involuntariamente sin trabajo (aquí no nos estamos refiriendo al desempleo fraccional inevitable en toda sociedad de complejidad mínima) constituye, por regla general, un pecado tanto contra la eficiencia productiva como contra los principios de distribución justa. Contra la eficiencia porque es un recurso no utilizado y, por lo tanto, desperdiciado (el exceso de capacidad es un problema del mismo tipo). Contra la justicia distributiva porque la redistribución del recurso, es decir el salario, representa normalmente una fracción importante del ingreso de una familia.

Esta doble proyección, tan evidente y directa (mucho menos difusa, por cierto, que la de la inflación), no es ajena, sin duda, al impacto dramático del desempleo y al hecho de que cuando éste sea muy elevado, su nivel es en la práctica un índice dominante de bienestar social. Para Keynes esto estaba muy claro.